

bierno á un hombre prudente, justo, amigo del orden y de la paz.... Quien ha merecido un testimonio tan brillante de aquel Departamento, digno es de mi afecto y consideracion. Recíbala U. por tanto, Señor mio, y sea tan feliz como desea este su menor servidor que atento B. S. M. Mé-rico 7 de Noviembre de 1835.

Carlos Maria de Bustamante.



# MAÑANAS DE LA ALAMEDA

DE

# MEXICO.

## CONVERSACION PRIMERA,

Y

### LECCIONES PARA LA HISTORIA (\*)

ANTIGUA Y MODERNA MEXICANA.



**D**ESPUES de haber pasado dos dias consecutivos, en que reinó el viento norte, y se experimentó una tempestad de rayos (cosa pocas veces ocurrida en el mes de Diciembre), vino un dia de calma y serenidad que convidaba á divertirme en la Alameda como siempre lo he tenido de costumbre. Sentéme en derredor de la fuente principal, donde me ocurrieron muchas y muy tristes reflexiones, considerando cuánto men-

(\*) Autores que se han consultado para la formacion de esta obrita. Manuscritos del P. Vega.—Id. de Veytia.—Id. del P. Sahagun.—Id. de D. Alonso de Zurita.—Id. del P. Alegre.—Varios expedientes girados en la antigua Real Audiencia de México.—Obras impresas: las del P. Sahagun.—Antonio de Herrera.—Clavijero.—Vetancuri.—Lopez de Gomara, examinado por Chimalpain.—Villa Señor, teatro Mexicano.—Disertacion del P. Mier sobre la venida de Sto. Tomás.—Cartas de Cortés.—Bernal Diaz del Castillo.—Palestra de Burgoa.—Descripcion de las piedras halladas en la Plaza mayor, por D. Antonio Leon y Gama.



guará el concepto de los mexicanos al ver aquella especie de túmulo que se presenta á la vista, ó llámese mamarracho, en que se figura una enorme masa pingorotuda, sobre la cual está una estatua de piedra, de mala mano, que quiso representar á la *Diosa Libertad*, teniendo atados al pie y de una débil cadena á cuatro leones, como si fuesen otros tantos perritos falderos, tan mal formados como la estatua dicha: ¡válgame Dios, decia yo á una Señora que tenia á mi lado, muger instruida en el dibujo, arquitectura, y sobre todo en la historia, y qué ufano habrá quedado el autor de este monumento, creyendo haber llevado al último punto de perfeccion su idea, y que perpetuaria su nombre hasta las mas remotas edades! Al oirme comenzó á reirse, y me respondió diciendo: Conosco al autor de este desatino: tomó la idea de unas figurillas de plata que adornaban un tintero, y se propuso ejecutarla en grande. Deciamos esto cuando apareció cerca de nosotros un caballero extranjero, acompañando á una señora, que era su esposa, como despues supimos, y oímos que dando vueltas y revueltas á la fuente con sonrisa burlona le hacia las mismas reflexiones que nosotros. Hablaban alto en inglés; pero fácilmente los entendimos, sin que nos quedase duda ninguna de cuanto habian dicho. La Señorita mexicana, á pesar de conocer la justicia y exactitud de aquella crítica, no pudiendo sufrirla, porque como buena patriota le dolia oír en aquellas bocas, no pudo menos de dirigirles en inglés la palabra, diciéndoles: „Siento, señores, que se presente á W. este objeto tan desagradable, y que les sirva de prueba concluyente del estado de atraso en que entre nosotros se hallan las bellas artes; pero en cambio de ésto les suplico fijen su consideración en la bella naturaleza que en este momento se nos presenta ufana, y en todo su esplendor. ¡Han visto W. un mes de Diciembre en Europa semejante al que hoy gozamos en este país de ventura? Oigan W. los dulces quejidos de las tórtolas, y el canto de los pájaros como en la mas hermosa primavera: vean los árboles de este bosque, que apenas acaban de soltar las hojas por la estación del otoño, cuando ya asoman por sus yemas los retoños, y algunos ya verdeguean. Vean esos cuadros y bosques poblados de rosas, de amapolas y yerbas aromáticas, que embalsaman el aire, dilatan el pecho, y hacen grata la respiracion. ¡En qué parte de la sabia Europa podrian W. en este dia desfrutar el placer que produce la vista de este cuadro encantador? Hoy por hoy y á esta hora, sus moradores pisarán sobre una tercia de nieve, estarán ateridos de frio, recibiendo el calor de la

chimenea por la cara, y enfriandose las espaldas; en los campos no se vé una res siquiera; los árboles presentan la imagen de la desolacion, desnudos de toda hoja; la naturaleza está allí mustia y desconsolada; todos impacientes suspiran por la llegada de la primavera de que aquí ya gozamos, porque jamás nos desampara; por todas partes se nos presentan objetos deleitables. ¡Quieren W. ver un remedo del hermoso jardin de las Hesperides y la morada fabulosa de Pomona? pues vayan ahora mismo, si gustan, á nuestro mercado, recórranlo, y se llenarán de estupor.

El caballero inglés, haciéndole una cortesía, le respondió en español, en que se daba muy bien á entender (quizá porque le pareció política, ó para que yo lo entendiera y no me diese por agraviado de su crítica): Señora, V. se servirá dispensar la crítica que me ha oído. Yo no la hago sino de un grande objeto, y de un monumento público que tenemos á la vista, y que cuando se erigió en este lugar se expuso á la calificación de los expectadores; pudiera muy bien haber queja cuando fuese la crítica de hechos *secretos de una familia privada*, y de interioridades domésticas, crítica que disto yo mucho de hacer, pues respeto á los hombres, porque no he salido como los hongos del fango de la tierra: respeto igualmente los gobiernos, y cuando me presento en un país lo hago como verdadero Cosmopolita, llevando siempre grabada en mi corazon y memoria, aquella gran máxima de que es *Patria mia aquella en que como pan, y gozo de libertad (\*)*. Guárdome, por tanto, de censurar el Gobierno, y de mezclarme ni tomar partido en las diferencias que agitan á los habitantes de los Estados, y por las que derraman su sangre en abundancia, matándose en los campos como bestias feroces, y andando en pós de una libertad que cual sombra fantástica y quimérica desaparece de sus manos, cuando creían tenerla ya aferrada y segura. Ninguna cosa me dá una idea mas completa de la miseria de los hombres, que leer la multitud de constituciones inútiles que se han hecho en todas las naciones del mundo para hacerlos felices, y lograr garantías de su propiedad y libertad, todas las cuales han desaparecido como humo, y hecho retrogradar á los pueblos, pasando del apogéo de su gloria y esplendor, al embrutecimiento y estupidez mas degradante. Yo he visitado la Grecia en estos últimos años de su revolucion; me he sentado sobre las ruinas de sus antiguos monumentos en compañía de esta Señora que

(\*) *Ubi Panis et libertas ibi Patria est.*



es mi esposa, y me ha acompañado en mis viages; he deramado lágrimas sobre aquellos escombros de ricos mármoles, mirándolos servir para los usos mas bajos de los bárbaros Turcos, á cuya dominacion pasó por algunos siglos aquel afortunado país donde residieron las gracias y las ciencias; pero esta amargura no ha sido comparable con la que ha inundado mi corazon al ver que habiendo llegado una época mas feliz en que los descendientes de Aristides, Temístocles, Focion y Epaminondas recobraron su libertad, ellos no han sabido hacer un uso moderado de ella; antes por el contrario, precipitándose de exceso en exceso, han llegado á términos de hacer necesario que la culta Europa, que tanto se interesaba en el recobro de su libertad, y por la que ha hecho no pocos sacrificios, haya necesitado intervenir en sus diferencias poniéndoles un Rey que los arregle. Repito que esta reflexion me ha llenado de desconsuelo, haciéndome por otra parte remontar hasta el autor del orden, del supremo Señor del Universo, que con un solo acto simplicísimo de su voluntad adorable, todo lo arregló en número, peso y medida en el cielo, en el mar y en la tierra. Los ástros giran sobre la órbita que les señaló con su dedo, sin desquiciarse, corriendo espacios innumerables, sin chocarse ni errar en su curso, y haciendo sus revoluciones en silencio; la tierra germina y produce en su tiempo frutos sazonados para recreo del hombre; para el mismo se multiplican todas las especies, y jamás faltan para su conservacion y regalo. Aflijeme igualmente el ver que no hay una pulgada de tierra que no esté regada con la sangre de los hombres, ni hay imperio que no sea usurpado; de modo que si llegára un dia en que obedeciendo la voz de la justicia, y detestando la usurpacion, se quisieran devolver lo que se han tomado unos á otros, el pueblo de Roma, que pasando del mas ínfimo al mas opulento, llegó hasta llamarse el *Pueblo Rey*, necesitaría volver á las chozas de Rómulo su fundador, y reducirse á la nada. Esta misma confesion se ha visto precisado á hacer un grande orador de aquella República cuando pagó un tributo á la justicia, confesó su existencia y necesidad, y se explicó diciendo: „Hay una ley verdadera, la recta razon conforme con la naturaleza universal, inmutable, eterna, cuyas órdenes llaman al deber, y cuyas prohibiciones desvian del mal; ora sea que mande, ora que prohiba: sus palabras ni son vanas sobre los buenos, ni poderosas sobre los malos. Esta ley no podrá contrariarse por otra, ni rebajarse en parte, ni derogarse en su totalidad ni en parte alguna. El Senado ni el Pueblo pueden absolver-

nos de su obediencia; no necesita de nuevo intérprete ni de un órgano nuevo. En todas las naciones y pueblos reinará esta ley siempre, y será una, eterna, y jamás perecedera. Será la guia comun, será el rey de todas las criaturas; Dios mismo dá la sancion y publicidad á esta ley que el hombre no puede desconocer sin desconocerse á sí mismo, sin huirse, y renegar de su naturaleza, y por solo esto, sin sufrir las mas duras expiaciones, habria evitado por otra parte todo lo que se llama castigo (\*). Todas estas consideraciones, fruto de mis viages, he tenido presentes, y han consternado mi espíritu, en razon de lo que he visto y notado, sobre todo en este bello país, en el que al paso que he admirado las ricas producciones y dones de toda especie con que lo ha enriquecido la naturaleza, para darle la preferencia sobre los demás del globo, he notado tambien imperfecciones y abusos que lo degradan y envilecen, y lo ponen en el último lugar del catálogo de los pueblos civilizados.... Al oír estas últimas palabras la Señorita mexicana, se pintó en su rostro la indignacion y el despecho: necesitó recurrir á sus principios de educacion para contenerse en los términos de la modestia. La Señora inglesa que estaba á su lado, tomando un tono circunspecto la dijo: „Señora, yo siento sobre mi corazon la amargura que oprime el de V. en este momento por lo que acaba de decir mi esposo: él es un caballero, es decir un hombre franco que dice lo que siente, y á lo que ha dado lugar la cortesía y bondad con que V. le ha abierto esta conversacion; yo ruego á V., Señorita, no se separe por esto de nosotros, sino que continúe prolongandonos la satisfaccion que tenemos de hablarla; haga V. de cuenta que estamos en una especie de academia, en que disertamos y decimos nuestras opiniones aun en materias científicas; aunque Dios dividió la especie humana en dos séxos, á nosotras nos dió una alma tan espiritual, noble y discursiva como á los hombres. ¿Qué digo como á los hombres? nos hizo poco menos que á los ángeles que rodean su augusto trono; algo mas, honró tanto nuestra especie, que del seno de una purísima criatura se dignó nacer su hijo Redentor nuestro.... éa! no se retire V., y cálmese por su vida. La Señorita mexicana, como si nada hubiera pasado, y cambiando en su rostro su agitacion por una dulzura angelical, la dijo con una calma y precision inimitable: daré á V. gusto en lo que me pide, y con su vènia diré á su esposo lo que creo debo decir en ob-

(\*) *Ciceron. Lib. 3. de la República. §. 17.*



sequio de mi patria, y sobre todo de la justicia. Es verdad, caballero, que se halla V. en medio de un pueblo donde hay muchos abusos que corregir; pero tambien hay grandes virtudes que admirar. Sus progresos en la civilizacion son superiores á los que debería V. prometerse de unos Colonos regidos por un sistema de legislacion y gobierno, que jamás perdió de vista el mantenernos unidos á la metrópoli. Sin embargo, en línea de Colonos fuimos mas felices que los de otras potencias extranjeras, exceptuando los que hoy llamamos *Estados-unidos del Norte*, ó Anglo Americanos. Formáronse éstos de hombres emigrados por persecuciones religiosas; entre las muchas familias que poblaron, vinieron sábios y políticos que trasladaron las leyes y costumbres inglesas, y sobre todo el amor á su libertad; así es que sus gobiernos remedaron al gobierno inglés, y tomaron de él lo bueno y lo malo; cuando llegó el momento de sostener los derechos de su libertad, lo hicieron con el mismo vigor que dos siglos antes lo habian ejecutado sus mayores, y la lucha fué desigual entre opresores y oprimidos. ¡Ah! Si los mexicanos hubieran disfrutado la misma libertad que aquellos Condados, si hubieran sido regidos por los mismos principios de liberalidad, aun dominaria en este suelo la España, y . . . penetrándose de estas verdades diria como Enéas á la presencia de Dido. *Troya nunc staret, Priamique Arca, alta maneres.* Sin embargo, hagámos justicia al gobierno español (en lo que lo merezca): él planteó colegios y academias, en el reinado del sabio Carlos III.: se estableció la de bellas artes que enriqueció con bellísimas estatuas, que aun W. admiran cuando la visitan; (\*) mandó excelentes artífices, é imitó á su predecesor Felipe II, que hizo venir á México los que no pudo colocar en las obras del Escorial; de su sabiduria dán testimonio algunos magníficos templos que rebatan la atencion de los viajeros, como la *Catedral de México*, *San Agustin*, *Santo Domingo de Oaxaca*, y otros. España no hizo mas, porque mas no pudo, y España dió á esta América una constitucion que desconocen los mismos mexicanos que precian de sábios, y cuyo análisis supo formar el sabio padre Mier en la historia de la revolucion que imprimió en Lóndres; constitucion en que campéa el buen ánimo de los reyes Austriacos, y deseos de hacer felices á los indios: sobre todo, Felipe IV el grande, cuya ley autógrafa se conserva, y yo leo con respeto y lágrimas, prohibiendo el mal tratamiento de los indios. En

(\*) La conduccion de éstas costó sobre setenta mil pesos.

fin esta América, si puede llamarse esclava bajo la dominacion española, puede tambien decir que lo fué á una par con ella la misma Península. Recorra V. la espantosa lista de contribuciones que abrumaron á los españoles, y cotejela con las que nos impusieron, y hallará que es infinitamente mayor que la nuestra. Supuestas pues estas verdades, note V. los progresos que este suelo de Colonos hizo en las ciencias y artes, y hallará confirmada esta verdad que se escapó de la lisongera pluma del canónigo Beristain. . . México (dice) fué el girasol de España. . . Cuando en sus principales universidades no habia sábios que sirviesen las cátedras de matemáticas, la de México se honraba con D. Carlos de Si-güenza y Góngora; cuando en Madrid no se sabia formar un bello poema épico, en México se escribia el *Bernardo*. Hasta 17 de Marzo de 1816 México contaba tres mil seiscientos ochenta y siete escritores. Si V. deplora los abusos de este suelo, y la falta de moralidad en muchos de sus individuos, yo tambien deploro la que escandalosamente noto en algunas naciones, que pasan por las mas cultas de la Europa. ¡Qué juicio haria V. de un pueblo donde las pobres mugeres se tienen como en Roma eran tenidos los esclavos, no como *personas*, sino como *cosas*, y que se podian enagenar y vender impunemente? . . . Claro es, dijo el extranjero, que lo tendria por bárbaro, y me horrorizaría tal conducta; porque ó las leyes lo mandaban y entonces eran bárbaras, ó el Gobierno permitia y toleraba tal abuso, y era débil. . . Pues bien, V. ha pronunciado este justo fallo, y lo ha pronunciado en hechos que ocurren en su nacion; hé aquí que no há mucho rato que mi esposo y yo acabamos de leer la relacion de la venta de una desgraciada muger llamada María Antonia *Thompson Williamson*, hecha por su marido José Thompson en 7 de Abril del presente año, el cual aun vive en un pueblecito á tres millas de distancia de la ciudad de Carhile en la frontera de Escocia. Despues de convocar postores su mismo marido á presencia de un numeroso concurso, presentada sobre un banco de encina, con una cuerda de paja al cuello, y de formarla su proceso de acusacion, encontró al fin comprador en la persona de Enrique *Mears*, soldado retirado, quien dió por ella la suma de cinco pesos, y un perro de agua, habiendo pedido doce, y cuatro reales. Entonces *Thompson* le quitó la cuerda, se la puso al perro, y se fué á la taberna mas inmediata á pasar en ella el resto del dia con el vilísimo precio de aquella desgraciada, celebrando la muchedumbre con grita y vivas aquella maldad. . .



¿En qué parte del mundo *culto* se ultraja y envilece de esta manera la especie humana? ¿donde son así tratadas las de mi sexo, ni aun las hermosas Circacias, no obstante que son ingualmente vendidas á Turcos.... Vah! que esto no puede leerse ni oirse sin indignacion; yo la concibo y muy justa, cuando entiendo que semejantes hechos, ignorados hasta ahora del comun del pueblo mexicano, se refieren acaso para despreciar el matrimonio, para que solo se respete, no como un sacramento indisoluble, sino como un *contrato civil* que pueda anularse; con el de que los maridos miren á las mugeres con el mas alto desprecio, y destinadas solamente á saciar apetitos brutales; conozco á mis paisanos, son unos monos imitadores de los extrangeros, y por imitarlos renuncian aun de las buenas cualidades que poseen; por ejemplo; montaban perfectamente á caballo, y hoy ya se dejan ver con los pies hechos tijera por el cuello de la bestia, y al galope, sin gozar de la comodidad y placer que dá el buen paso de un caballo de andadura. Mis paisanas tenían un gracioso pie chico, y hoy se lo aumentan con unos zapatísimos que vendrían bien á un destripaterrones: andaban con saine y gracia, y hoy trotan á maravilla; de manera que puede decirse de ellas que hasta el modo de andar han perdido. Tienen unas manos chicas y torneadas, y hoy las cubren con unos guantes muy largos, aunque sea en tiempo de un verano muy caluroso, y van meneando los dedos de manopla como si fueran á hacer cosquillas; tal es la fuerza de la imitacion. El extrangero, á pesar de su calma, no pudo dejar de conmoverse, y dijo: Señora, conozco que la misma sensacion que produjo en V. mi anterior razonamiento, acaba de producir en mí el que acabo de oír de su boca, y si yo fuera capaz de crearla á V. susceptible de venganza, diria que se habia vengado de mí, y con usura. Tiene V. mucha razon; el mundo siempre ha sido mundo, y sus habitantes siempre han vivido plagados de pasiones y defectos; este pais es sin duda el menos defectuoso, y el mejor dispuesto y preparado para recibir grandes mejoras: yo lo amo mucho, y querria imponerme á fondo de sus usos y costumbres, principalmente de las antiguas; jamás he creído que este pueblo haya sido una horde de salvajes, como nos lo han pintado algunos de los historiadores extrangeros. Quisiera, por tanto, oír su historia de la boca de V., pues aunque he leído algunas, conozco la enorme diferencia que hay entre lo que se lee, á lo que se mira y palpa; el modo mejor de imponerse de la historia de un pueblo, es verlo como dicen, con vista de ojos,

y oír á sus habitantes. La Señorita mexicana respondió á esta insinuacion diciendo: „No me hallo, caballero, con la insinuacion bastante para llenar cumplidamente los deseos de V.; pero pues me lo exige con tanta cortesía, y lo mismo la Señora su esposa, á quien deseo complacer, haré cuanto pueda; y esta Alameda, este lugar de delicias que no saben estimar dignamente los mexicanos, será el punto donde nos reunamos para gozar de los encantos de la naturaleza, y hacer menos empalagosas algunas relaciones que no podrán dejar de serlo á V.; porque le hablaré de personajes que le serán enteramente desconocidos, y de hechos crueles, de costumbres raras, de una religion bárbara y sanguinaria; y pues nos hemos detenido mucho en la conversacion, y ya es bien tarde, terminémosla por hoy hasta mañana.....

## CONVERSACION SEGUNDA. (\*)

**Mr. Jorge.** LA noche pasada se me ha hecho la mas larga que he tenido en mi vida: jamás he deseado con mas ansia ver la luz del dia; ayer habria querido tener la virtud de Josué, que paró el sol, para alargar mas los momentos de nuestra conversacion.

**Milady.** Yo tambien he estado afectada de los mismos deseos que mi esposo.

**Doña Margarita.** Quisiera saber de qué principios han procedido esos deseos vehementes; porque, á la verdad que no hallo un motivo.

**Milady.** Dirélo á V. con mucha franqueza. Antes de pasar á esta América, estuvimos en Madrid; y en todas partes de España donde concurríamos, oíamos declamar altamente

(\*) Parece conveniente, para dar método á este diálogo, nombrar los interlocutores de él, y lo son DOÑA MARGARITA, señora mexicana, persona principal en la conversacion; D. CARLOS, su hermano; MR. JORGE, inglés, y MILADY, muger de éste.